



Figura 2. Murallas del siglo IX a.C. de São Julião, Braga. Según A.M. Bettencourt

lugares en alto serían São Julião, en la zona de Braga (Portugal), San Trocado, en el valle del Miño (Ourense) y Mesa de Montes, en la Ría de Vigo (Pontevedra). De los poblados gallegos es poco aún lo que se sabe: la mayor parte de los datos provienen de recogidas de material en superficie o de sondeos que no han sido publicados con detalle. El caso de São Julião es diferente, pues ha sido objeto de diversas campañas de excavación por parte de Manuela Martins y Ana Maria Bettencourt de la Universidade do Minho. En la actualidad conocemos bastante bien la secuencia de este poblado, cuya ocupación comienza a finales del segundo milenio a.C. y continúa hasta el siglo I d.C. Durante sus tres o cuatro primeros siglos de existencia, São Julião carece de otras defensas que las que le proporciona su emplazamiento en un monte prominente, culminado por afloramientos rocosos. La fortificación antrópica se erige a mediados del siglo IX a.C. Se construyen entonces dos perímetros amurallados concéntricos (Fig. 2). El primer recinto, que tiene unos 300 metros cuadrados útiles solamente, tiene en su interior varias cabañas circulares de entre 4 y 5 metros de diámetro aproximadamente. El segundo cinturón se levanta a escasa distancia del primero (entre 5 y 10 metros). Las murallas son bastante toscas: están realizadas con mampuestos irregulares y tienen una anchura variable (con una media de en torno a dos metros). Pese a la impresión de tosquedad, el conjunto era considerablemente monumental, hecho al que contribuían tanto su ubicación en el paisaje, para lo que se aprovechaba la topografía del monte, como la gran puerta de acceso al primer recinto. Es interesante comprobar que las entradas a los recintos no están alineadas. La primera se sitúa al norte y la segunda al este, lo que posiblemente se deba a una lógica defensiva. En todo caso, conviene señalar que la ubicación de la puerta del recinto inferior hacia el oriente será característica de los poblados castreños hasta el período romano, lo que sin duda refleja algún tipo de creencias cosmológicas.

Otros poblados portugueses de la época tie-

nen murallas semejantes: Castelo de Matos, por ejemplo, posee una tosca fortificación de piedra rematada con una empalizada de madera, de la que se han conservado restos carbonizados. Los castros del noroeste de Portugal parecen ser una versión algo tardía de los que venían emergiendo en el sur y centro del país desde la transición del segundo al primer milenio a.C. Los castros gallegos y asturianos aparecerán aún más tarde, en la transición del siglo IX al VIII a.C. ¿Por qué esta progresión espacio-temporal? Es posible que las influencias externas tengan bastante que ver. Durante el Bronce Final navegantes del oriente mediterráneo frecuentan la Península Ibérica y la costa de Marruecos en busca de metales (oro, plata, estaño) y otras materias primas (marfil). En la actualidad, sabemos que esta presencia está solidamente establecida al menos desde el 900 a.C., como lo demuestran los hallazgos

de Huelva, un auténtico emporio comercial anterior a la colonización fenicia. Los mercaderes orientales no se limitaban a la zona del Estrecho de Gibraltar, sino que surcaban las costas atlánticas peninsulares hasta las Rías Bajas gallegas. Sabemos que esto es así por la presencia de materiales de importación (cuentas de pasta vítrea y objetos de hierro) y algunas representaciones, como las de un barco mediterráneo del Bronce Final aparecido en Oia (sur de Pontevedra). La llegada de los mercaderes coincide con (y contribuye a potenciar) un proceso endógeno de crecimiento económico (aumento de la metalurgia del bronce y la intensificación agropecuaria), incremento de las desigualdades sociales y conflictos entre comunidades. Todo ello está detrás de la aparición primero de lugares en alto y después de su fortificación. El proceso comienza antes en las zonas más fértiles, mejor comunicadas, con más recursos metalíferos y más cercanas al comercio mediterráneo: esto es, los grandes valles, las costas y la parte meridional del Noroeste peninsular.

Sin embargo, las fortificaciones no reflejan necesariamente este proceso de aumento de la jerarquización y las diferencias sociales. Este fenómeno se manifiesta mejor en el consumo de objetos de prestigio, como espadas de bronce, adornos y calderos, que serían prerrogativa de grupos aristocráticos. Las fortificaciones en un primer momento podrían tener un sentido semejante, pero a la larga se convertirán más bien en elementos niveladores socialmente, símbolos de la comunidad más que de los grupos dominantes.

LOS CASTROS DE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO (800-400 a.C.)

¿Qué nos lleva a pensar que las murallas son símbolos comunitarios más que de poder? Que la cultura material de prestigio de la Edad del Bronce y las murallas son bastante incompatibles. La aparición de murallas coincide con el declive y desaparición de los objetos aristocráticos. Las fortificaciones sustituyen a las ostentosas armas y joyas del Bronce en torno al